

cuando comprenden que la realidad es un sueño y sólo la fantasía tiene pedales de realismo. Porque el paisaje, antes de ser «descubierto» por los escritores del 98, apenas si existía estando ya. Pero ellos, los creadores del Arte, lo tenían porque les venía de dentro, no les nacía. Brotaba de sus manos, que miraban. Nacía en sus ojos, que sentían. Y al hacerlo suyo, le dieron su voz y la palabra. Entonces, las gentes, comenzaron a verlo y a entenderlo. Y así, de esta manera, nacía —más del sueño que de la propia realidad— una ventura alcanzada por vía del presentimiento y por mor de la propia entrega responsabilizada en el análisis y la exégesis.

Uno quisiera llamar a todo esto regalo de Dios mismo. Y las cifras que del Cielo bajan, no se pueden sumar como se suman los garbanzos. Sabemos que treinta y ocho en onza son la mejor medida. Pero eso resultará en el parto, no en su génesis. La creación es primitiva, divinamente humana. El recuento es salvajemente torcido, brutalmente marcado. Como hecho para la mediocre picaresca.

¡Dadnos, Señor, la realidad soñada! No queremos el realismo de la técnica matando los encuentros de la infantil vivencia. Queremos arropar el Niño que nace para mejor entender al hombre que llega y se nos muere, porque de esta muerte has de nacer tú, Señor. Y así, hay dos vidas en un mismo nacimiento.

Déjanos soñar entre la niebla. Queremos cobijarte con las manos que pecaron y se arrepintieron. ¿Puede alguien dudar de que estas manos son las mejores? Pecaron, sí. Pero la entrega vino luego y se purificó la sangre. Y fué el dolor el gozo de tu Cruz. ¿Qué será, Señor, de los que nunca pecaron y nunca padecieron porque nunca se sacrificaron?

Queremos darte el calor de nuestra niebla de diciembre. El sueño y el ensueño nos acerca hasta tí. Vemos el día de tu Navidad como un día hermoso de sol y certidumbre. Es hermoso de sombras y de espigas perezosas. Tan hermoso como la aventura, sin posible alcanzamiento, que va soñando uno entre racimos de distancias y pequeños planos de ardientes cercanías. Bendice, Señor, este hogar caliente de tu Mancha de Ciudad Real metida y recostada en tu Castilla chica. Acuérdate de todas las Castillas y de todas las Españas. Guía nuestros sentires oscuros y lejanos. Uno quiere estirar los brazos y medir toda la gravedad de la llanura, para ofrecértela empapada en la fe que nos has dado. ¡Qué maravillosa ventura esta gigantesca aventura del vivir en el dulce y áspero camino de la fe!

Tú sabes, Señor, que la Mancha huele a plaza oscura. Huele a madrugadas hondas con sueños y descansos que se alargan. Huele a silencio blanco y a eternidad morena. ¿Será porque esta tierra que nos diste está dormida a la sombra de una víspera de siglos y de lluvias? ¿O es

que en la Mancha es siempre domingo, cuando las ganas rizan despertares? ¿O es invierno cuando el sol, indiferente, puebla los caminos? ¿Y qué es, entonces, cuando se caen las hojas y se mueren los tristes con el gozo de tus brazos?

Dile, Señor, a tu Madre Santísima, nuestra Virgen del Prado, que nos mire como a niños chicos. Que ahonde en el afán de tantos menesteres. Que espigue en nuestra pobre virtud para aumentarla. Que no se nos mueran en las manos los anhelos de llegar hasta Ella. Que sonría aunque no lo merezcamos, porque esa sonrisa nos hará fuertes. Y que vigile nuestra cruz para que no se nos caiga. Sólo el dolor destila comprensiones. Sólo el sufrimiento produce el gran amor. La alegría, Señor, viene de tu sed y es tu sed la que nos da el chorro de agua viva. Y nosotros, tan torpes, no lo vemos. Y nosotros, tan miserables, no queremos verlo. Somos niños chicos sin la hermosa y santa ingenuidad del niño. Solo buscamos y buscamos sin poderlo encontrar. Y sólo alguna vez, cuando soñamos, es cuando nos hacemos niños y podemos, dos veces, encontrarte, Dios mío. Es como un milagro.

Termino ya, Señor Gobernador. Vos, que sois Alcalde Mayor de estos lugares, decidle a vuestro Alcalde, a ese hombre recio y generoso que soporta el peso de su cargo, que intenté hacer —como ofrenda al Niño-Dios— un artículo de Navidad que fuese alto y con relieve. Pero ya ve que no he podido, que no he sabido. Se me quedó tan bajo, que para darle alguna vida he de soñar que es como el polvo del camino que besa y quiere acariciar las sandalias del Maestro. Así, junto a Cristo, con el gozo y el dolor de San José, quiero acercarme a vuestra humildad para tener la grandeza de mi insignificancia.

Juan TORRES GRUESO